

Biblioteca Austriaca

Colección fundada por
Juan Marcos de la Fuente

EL ORIGEN DE LAS CIENCIAS SOCIALES



Lorenzo Infantino (1948-2025)

Lorenzo Infantino

EL ORIGEN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Edición al cuidado de
José Antonio de Aguirre

Introducción a la edición española por
Raimondo Cubeddu



Unión Editorial
2025

*A José Antonio de Aguirre y a Raimondo Cubeddu,
amigos muy queridos, profesores y estudiosos incansables*

Título original: *Alle origini delle sciennze sociali*,
2022, Rubbettino Editore,
Soveria Mannelli, Italia.

© 2025 para la edición española;
UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Hilarión Eslava, 21 • local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-947-0

Depósito legal: M. -11.311-2025

Artes de cubierta y textos por Ignacio P. Rico Guastavino
Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Introducción a la edición española por Raimondo Cubeddu.....	11
Prefacio del autor.....	11
I EL PROBLEMA DE LAS CONSECUENCIAS NO INTENCIONADAS	29
Consecuencias no intencionadas, religión y magia	29
Consecuencias no intencionadas y el politeísmo.....	32
El gobierno de los humanos (y el de los dioses) y el gobierno de las leyes.....	39
Platón y el nuevo orden planificado	44
Las consecuencias no intencionadas como objeto de las ciencias sociales	50
II PIERRE BAYLE Y BERNARD DE MANDEVILLE	55
2.1 El auténtico y el falso individualismo.....	55
2.2 Bayle: los límites del conocimiento, religión y motivos para la acción	66
2.3 Mandeville: de la falibilidad humana al orden no intencionado	67
2.4 ¿Mercantilismo o liberalismo?.....	76
III FRANCIS HUTCHENSON Y DAVID HUME	85
3.1 Entre el pasado y el futuro	85
3.2 Hutchenon sobre los hombros de Shaftesbury.....	88
3.3 Hume traicionado por Hutchenon.....	94

3.4 Hume y el orden intencional	100
3.5 Tradiciones de investigación	108
3.6 Apéndice: Josiah Tucker	112
IV CHARLES-LOUIS DE MONTESQUIEU Y ADAM SMITH.....	115
4.1 Montesquieu y la diversidad de modos de vida	115
4.2 Entre el mito de Esparta y la Gran Sociedad	122
4.3 Smith y el nacimiento de las normas sociales.....	129
4.4 Smith: la división del trabajo y el «gobierno de la ley»	137
4.5 Apéndice: Adam Ferguson	142
V CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES ESENCIALES.....	147
5.1 La influencia inmediata escocesa en la teoría política: Edmund Burke y Benjamín Constant.....	147
5.2 En el fondo de la Teoría Económica: El utilitarismo en sentido amplio y estricto	157
5.3 En el fondo de la Sociología: La discontinuidad de Au- gusto Comte y la continuidad de Herbert Spencer	166
5.4 Apéndice: Spencer y Darwin	174
VI CONSIDERACIONES ADICIONALES.....	181
BIBLIOGRAFÍA	191
ÍNDICE DE NOMBRES	207

INFANTINO IN MEMORIAM

Lorenzo Infantino había nacido en Gioia Tauro, Reggio Calabria en 1948 y nos dejó el pasado diecisiete de enero, discretamente, como solía vivir, después de acabar de revisar la edición española de su último libro que el lector tiene ahora en sus manos. Era economista de formación y su carrera científica se había iniciado después de la profesional, en el Banco de Italia, durante la época del gobernador Paolo Baffi, algo que siempre tuvo presente y de lo que estaba muy orgulloso. Desde allí pasó a la LUISS, colaborando con Luciano Pellicani y Dario Antiseri en el Centro de Metodología de las Ciencias Sociales.

Un tanto ajeno a los asuntos propios del funcionamiento de los centros universitarios, la LUISS iba a ser su mundo hasta su jubilación. Estaba orgulloso de los muchos estudiantes que asistían a sus clases y de las discusiones que mantenía con sus colegas. Los estudios que en homenaje a Lorenzo Infantino (*Individuo, libertà e potere. Studi in onore di Lorenzo Infantino*) editado por Raimondo Cubeddu y Pietro Reichlin, publicados por Rubbettino en el 2019, así lo demuestran, y son tenidos en gran estima personal y científica, pero no buscó ni dejó «discípulos», al menos en el ámbito de lo académico.

En la LUISS-Guido Carli de Roma, Lorenzo Infantino eligió la enseñanza de disciplinas pertenecientes al amplio campo de la filosofía y la metodología de las ciencias sociales.

Realizó su labor como una misión que le daba la oportunidad de introducir a los jóvenes estudiantes y futuros estudiosos en algo que, rara vez, podrían haber aprendido de una manera tan rigurosa y sin prejuicios consolidados pero falaces, a saber: los fundamentos de la filosofía política liberal. La suya fue una enseñanza apasionante, en la que tuvo la oportunidad de poner de relieve su enorme familiaridad con una tradición, cuyas fuentes y diversas articulaciones conocía muy bien porque las había investigado en todas sus dimensiones, la económica, la política, la sociológica, jurídica y filosófica y, ya en sus últimos años, también en un campo que resulta fundamental, el de la teoría del conocimiento.

Lo que le hizo feliz fue comprobar que la ciencia y la pasión con la que se dedicó a la docencia no fueron infructuosas, y que los contactos que se iniciaban en las aulas continuaban luego fuera de ellas. Incluso cuando aquellos jóvenes estudiantes ya habían quedado establecidos en la sociedad, ya fuera en el mundo del periodismo, que él siempre había cuidado, o en el de los negocios. Un rayo de esperanza para el futuro de las ideas liberales, en un mundo que, una vez más, se engaña a sí mismo, pensando que las ha superado, y que parece no perder la oportunidad de intentar subordinarlas a algo superior. Algo que, en una ocasión se promocionó como el fin y cumplimiento de la historia en una sociedad socialista, y ahora lo hace con las múltiples y contradictorias manifestaciones de una ética sin dios que trasciende la de los individuos en el ecologismo y en los Derechos Humanos. Las modas intelectuales, quizás un ejemplo de la decadencia de la época, y de la fascinación que ejercen profetas improvisados, especuladores intelectuales cínicos y desvergonzados, es algo de lo que Lorenzo siempre se mantuvo bien alejado, cuidando que no se le confundiera con ellos. Hasta el punto de caer en una reserva, desdeñosa, pero dolorosa que a veces rayaba en la soledad voluntaria.

Lorenzo, en su juventud parece haber tenido una vida social más intensa y mundana que la que llevó luego, sobre la

que mantenía una reserva «calabresa» y permanecía soltero, de manera que su familia intelectual la constituían sus estudiantes y algunos de sus compañeros de universidad, junto a muchos colegas dispersos por Italia, Europa Occidental y América. Su estancia en la Universidad de Oxford le había marcado y a Gran Bretaña retornaba con frecuencia también para perderse en las tierras escocesas de sus maestros. Tras la muerte de sus padres, su familia de origen era corta y la integraban su hermana y un hermano a los que añadía, como si hermanos suyos fueran, otros amigos entrañables españoles como el inolvidable Juan Marcos de la Fuente, su editor en aquel país, y José Antonio de Aguirre, al que junto conmigo dedico la edición italiana de esta su última obra.

Lorenzo era consciente de que el trabajo de «profesor» y científico social requería ciertas características, entre las que sin duda figuraban la perspicacia, el compromiso constante o el rigor intelectual y científico, a los que añadía siempre un modo adecuado de hacer acto de presencia. Su elegancia era proverbial, y su compostura tranquila. No pretendía despertar pasiones o entusiasmos momentáneos sino hacer reflexionar para luego, desde lo más profundo de la conciencia y el conocimiento, incluso de forma inesperada, proceder a analizar, comprender y evaluar la realidad con la pasión del rigor científico. Lorenzo era muy consciente de que en el calor de las polémicas intelectuales y de las contingencias que a menudo las envuelven, se corre el riesgo de perder la conciencia de la importancia de los temas que se querrían abordar, y las rehuía. No negaba ni descuidaba la importancia de la prensa periódica y de los medios de comunicación para la difusión de las ideas, pero estaba, al mismo tiempo, convencido de que su impacto sería transitorio, si no estaba basado en sólidos fundamentos científicos, y en ese rigor conceptual y metodológico que translucen de inmediato sus escritos. Algo que se había propuesto hacer sin titubear.

Nos conocíamos desde hacía casi cincuenta años, pero como él vivía en Roma y yo pasaba la mayor parte de mi tiem-

po en Pisa, hablábamos, con frecuencia, por medio del teléfono. Hablábamos poco de nosotros y de nuestra salud, de manera que nuestras conversaciones versaban sobre lo que estábamos haciendo y lo que pretendíamos hacer. De nuestros proyectos que parecían no tener nunca un final ni una fecha límite. Como si fuéramos todavía jóvenes eruditos con un horizonte temporal que sabíamos impredecible pero, ingenuamente, imaginábamos ilimitado. Debo confesar que el medio de comunicación que nos veíamos obligados a utilizar nos permitía captar las reacciones suscitadas a lo que intercambiábamos, casi mejor que si hubiéramos estado uno frente a otro.

Por supuesto, también hablábamos de lo que nuestros colegas y amigos estaban haciendo, y también solíamos tratar con creciente consternación, y en términos generales, de nuestras disciplinas y de los horizontes de investigación que la creciente burocratización de la universidad y la enseñanza, parecían confinar en una especie de conformismo opresivo. Incluso intentaba bromear sobre ello, lanzándome los bondadosos reproches de Lorenzo quien me recordaba la gravedad de la situación que, para los dos, consistía en el estancamiento de las ideas liberales, aquella idea de la libertad personal cuyos márgenes veíamos cómo iban estrechándose de manera progresiva e inexorable.

Eran viejos discursos profesoriales pero nos conocíamos desde hacía casi medio siglo y tratando de no ser patéticos con nosotros mismos, podíamos permitirnos bromear y confiarnos el uno al otro, lo que eran nuestras preocupaciones comunes. Nada en la llamada telefónica realizada unos días antes de su desaparición podía haber sugerido una muerte que no estaba en sus planes. Estaba terminando un libro al que había dedicado mucho tiempo, mucha atención, sumo cuidado y que iba a constituir un nuevo examen de los orígenes intelectuales y la naturaleza del totalitarismo en el siglo XX pasado, desarrollando los análisis que le habían dedicado Friedrich A. von Hayek y Ludwig von Mises al término

de la Segunda Guerra Mundial, pero tenía en mente muchos otros proyectos para un futuro para el que no imaginaba un límite.

Como acostumbra a suceder entre los estudiosos con talento, entre aquellos apasionados con el trabajo que realizan porque creen en el poder de las ideas, la terminación de un proyecto deja pocos días libres, y de inmediato ya están iniciando otro. Lorenzo tenía muchos proyectos en su cajón, tras muchos años de trabajo ininterrumpido en los que además de enseñar había escrito numerosas obras y había dedicado también mucho tiempo a difundir el pensamiento de otros, traduciendo sus obras al italiano. Hace no mucho se había ocupado de volver a traducir al italiano, precedida de una larga introducción, la edición crítica editada por Jeremy Shearmur en el 2019, de la importante obra de Friedrich A. Hayek, *Derecho, Legislación y Libertad*. También hace años, y en colaboración con Simona Fallico y Nicola Ianello, había hecho otro tanto con la *Acción Humana* y el *Socialismo* de Ludwig von Mises, obras que, acertadamente, creía que habían impulsado un giro revolucionario en la filosofía de las ciencias sociales del siglo pasado y en cuya estela se reconocía enteramente. Tanto es así que podía llegar a pensarse que sin ellas muchas de las discusiones que se habían llevado a cabo en estos campos durante el siglo anterior, habrían carecido de importancia. Según Lorenzo, se trataba de controversias que ni siquiera habrían surgido en ausencia de lo que Mises y Hayek habían escrito acerca del socialismo, la planificación de la economía y el intervencionismo. Es decir, los mitos fallidos que habían sentado las bases ideológicas y económicas de todos los totalitarismos del siglo pasado. Volviendo al caso de Italia, a menudo nos preguntábamos cual habría sido el resultado de la famosa controversia iniciada en 1927 por Benedetto Croce y Luigi Einaudi sobre el «liberalismo» y el «liberismo» (la economía de libre de mercado), si ellos hubieran podido leer el libro de Mises sobre el socialismo que aparecería cinco años después.

Lorenzo, de hecho, —y estoy plenamente de acuerdo con él,—estaba firmemente convencido de que la revolución protagonizada por los escritores de la Escuela Austriaca de Economía era una de las más importantes e influyentes de la historia del pensamiento occidental y así lo había escrito en un reciente y hermoso ensayo bajo el título de *La Rivoluzione Marginalista*, en una obra colectiva editada por Diana Thernes titulada *Rivoluzione & Rivolutioni, —Rivolutions dello Spirito*, Vol. II (Carabba, Lanciano 2025) que acaba de aparecer. No solo por las implicaciones que tuvo en relación con la teoría económica anterior del valor sino, sobre todo, por sus implicaciones epistemológicas y, en particular, porque al arrojar nueva luz sobre las motivaciones de las acciones humanas y sus consecuencias, sentó las bases de una nueva teoría que explica mejor las instituciones sociales, y su evolución no finalista o determinista, a la luz de la teoría, según la cual, toda acción humana tiene consecuencias no intencionadas, al margen de las motivaciones que nos han llevado a emprenderlas y cualquiera que sea la ética que las inspira.

Desaparecidos los Maestros de nuestros años de formación, Lorenzo era para mí una de las pocas personas que quedaban a las que podía hacer leer lo que escribía (como él hacía habitualmente conmigo también) para tener una valoración y un juicio que, aun cuando no fuera compartido ni apreciado (y podía ocurrir) no pasaba desapercibido. Era, por tanto, y no hay necesidad de andarse con rodeos, un amigo. Un «verdadero amigo» con el que cada encuentro era una ocasión festiva que pronto tomaba un cariz melancólico cuando, inevitablemente, terminábamos hablando de aquellos maestros, y de aquellos que solo habíamos conocido a través de sus obras y con los que nos hubiera gustado tener la oportunidad de intercambiar, aunque solo fuera un respetuoso saludo.

La suya fue una intensa vida de estudio de sus autores que, en parte, eran también los míos, sin que esto le incomodara, absorbían su vida y sus intereses; y descubría sin cesar en ellos nuevos aspectos sobre los que volcaba su inagotable e intensa

atención. Unos días antes de su inesperada muerte, la última vez que hablamos, estaba particularmente feliz porque estaba a punto de salir una nueva edición de su libro más apreciado *El orden sin plan* (Biblioteca Austriaca, Unión Editorial 2000). Una obra sobre la tradición liberal individualista que le había dado fama internacional, y cuya edición inglesa fue reseñada en prestigiosas revistas.

Lorenzo fue un estudioso riguroso, quizás un tanto severo que no se permitía bromas sobre asuntos que consideraba serios, y sobre autores que había estudiado con dedicación y acerca de los cuales escribió páginas que nunca olvidaría. En alguna ocasión le dije que no le hubiera venido mal alguna dosis de «ligereza». Al fin y al cabo, habíamos realizado nuestro trabajo de profesores porque nos gustaba y nos divertíamos al hacerlo. Pero Lorenzo no lo aprobaba y me invitaba, en vano, a no bromear sobre cosas que consideraba de extrema importancia.

Además de las obras que acabo de mencionar, en el 2013 apareció su obra *Potere: La dimensione politica dell'azione umana* que mereció una traducción inglesa. Se trata de una obra que aborda un tema fundamental para la filosofía política desde una perspectiva liberal. El trabajo que el lector tiene ahora en sus manos es la edición española de su última obra sobre el origen de las ciencias sociales, y aprovecho la ocasión para señalar que, a mi juicio, uno de los mayores méritos de Infantino ha sido la idea de reunir en un solo volumen (*Conoscenza e processo sociale*, Rubbettino, 2023) todos los ensayos de Hayek dedicados al problema del conocimiento humano (algo que quizá ni siquiera los editores de sus *Obras Completas* se han planteado). Se trataba para Infantino de una colección que (desmontando la idea de que Hayek era un economista que, como tenía ya poco que decir sobre lo que habían dicho otros en teoría económica, se había dedicado a la filosofía de las ciencias sociales, desarrollando una versión ideológica, nostálgica, y un tanto conservadora del liberalismo clásico) sirviera para demostrar que, en realidad, las teorías económi-

cas y políticas de Hayek se basan en una original y fecunda teoría del conocimiento humano.

En concreto, esos ensayos abordan la cuestión de cómo la mente humana clasifica los «datos sensoriales» a lo largo del tiempo, y las formas y razones por las que se producen esas clasificaciones. Esto contribuiría entonces a cambiar radicalmente la consideración que algunos hacen de la obra de Hayek, como uno de los pocos que en el siglo XX lograron elaborar un sistema del que la ciencia económica, la filosofía política y las ciencias sociales, eran una consecuencia. Hayek se convertiría en el gran filósofo de su tiempo dentro de la tradición liberal y no solo un intérprete más de esa tradición.

Si se quiere describir en pocas líneas la misión filosófica y cultural a la que se había dedicado Lorenzo Infantino, hilo conductor de su vasta y diversificada producción científica, se podría decir, -y el libro que el lector tiene entre sus manos así lo muestra—, que estaba centrada y consistía en la demostración de la íntima conexión existente entre los más eminentes representantes de la Ilustración Británica (en particular Bernard de Mandeville, Adam Smith, David Hume y Edmund Burke) y los de la Escuela Austríaca. En esto, Infantino siguió la senda que Hayek había marcado sin socavar su sustancia sino, más bien, enriqueciéndola, como se desprende claramente de los escritos contenidos en este volumen, con argumentos y ejemplos nuevos e importantes. Ejemplo que, en algunos casos, y esto es claramente evidente en este libro que, a la vez, le sirve para destacar la influencia negativa que han tenido algunos pensadores que, con frecuencia y erróneamente, son situados entre los precursores o fundadores de la tradición liberal.

Por mi parte no tendría sentido ocultar que entre Lorenzo y yo había alguna discrepancia. Me refiero, claro está, al duro juicio que hiciera Carl Menger de la obra de Adam Smith, que yo destacué en mi obra *Epicureismo e Individualismo. Per una storia della filosofia politica* (Rubbettino, 2024). Lorenzo encontraba este juicio injusto y poco generoso, invitán-

dome a ser más cauteloso a la hora de dar ideas a los muchos enemigos del liberalismo. En esto quizás tenía razón, pero el desacuerdo, al señalar la escasa influencia de los británicos en Menger, no quiere decir que yo negara la conexión existente entre británicos y austriacos y, menos aún, la brillante «operación cultural» que había llevado a cabo Hayek a la hora de cimentar en nuevas y sólidas bases el liberalismo, abriendo así nuevos horizontes. Ese desacuerdo nunca alteró en absoluto nuestras relaciones científicas ni nuestra amistad. Entre otras cosas porque siempre que la cosa corría el riesgo de tornarse sería, acabábamos refugiándonos en un tema sobre el cual no había entre nosotros la más mínima sombra de disenso, como el de la influencia negativa ejercida por Croce en el desarrollo del liberalismo italiano. Una tradición liberal en la que Lorenzo Infantino identificó pocas luces y que vio realizada por la influencia que ejerció sobre ella el redescubrimiento, aunque tardío, de los máximos representantes del liberalismo clásico anglosajón y de Bruno Leoni, en cuya difusión él había hecho una contribución importante.

Lo que teníamos en común era la férrea convicción de que, sin los «austriacos», del liberalismo hoy se hablaría como un resto inocente y patético de un pasado con respecto al cual «la mano invisible» se había mostrado mezquina, dando lugar a una ideología de la burguesía a la que el socialismo marxista le había asestado sin remedio un golpe mortal y definitivo. Lorenzo sabía bien que no había sido así y esto se lo debía, en primer lugar, a los austriacos, a Eugen von Böhm-Bawerk (véase su obra *La Conclusión del Sistema Marxiano*, Unión Editorial y la *Teoría Positiva del Capital*, Ediciones Aosta) y Mises que supieron extraer una teoría de la acción humana de la teoría subjetiva del valor que terminó de cimentar luego Hayek. Lorenzo sabía perfectamente que su liberalismo, aquel en el que se reconocía, no tenía nada en común con el *intervencionismo* de lo que hoy llamamos neoliberalismo, y que sueña con realizar la libertad, mediante una marcada y decisiva acción política por parte del Estado.

En el renacimiento del Liberalismo en Italia, a finales del siglo pasado, Lorenzo Infantino ocupa un lugar central. Aunque solo sea porque junto a Dario Antiseri dio vida a ese monumento de la cultura liberal que es la Biblioteca Austriaca que Juan Marcos de la Fuente en España y Florindo Rubbettino en Italia ayudaron a editar y difundir en sus propias lenguas.

No podría decir si Lorenzo se sentía más cercano a Mises o a Hayek. Pero junto a Adam Smith y algunos otros como Max Weber, George Simmel y José Ortega y Gasset, los austriacos fueron sus Autores. Poseía un profundo conocimiento de Platón y con ellos tejió un continuo diálogo intelectual (aunque no le gustaba como a mí este término) que no tenía un carácter filológico erudito, sino el objetivo de iluminar una comprensión serena pero perspicaz del presente y sus problemas.

Lorenzo, de hecho, huía de las modas y de aquellos que imprudentemente se dejaban abrumar por ellas. Del mismo modo, no estaba de acuerdo con todos aquellos que esperaban desempeñar en la política el mismo papel que habían desempeñado en los estudios. Por eso, a pesar de las oportunidades, nunca se dejó tentar por la política y por los partidos políticos. Prefirió participar en la vida política-cultural a través de instituciones como la Fundación Luigi Einaudi de Roma. Solo para luego volver a los estudios, a todos aquellos libros que guardaba en su casa y entre los cuales murió, cuando creyó que su tarea había terminado. Decir que lo echaré de menos es quedarse corto. Pero me reconforta el saber que en ello no estaré solo.

RAIMONDO CUBEDDU
Catedrático de Filosofía Política
Universidad de Pisa
Senior fellow del Instituto Bruno Leoni de Milán
Pisa, 23 de febrero de 2025

PREFACIO

Hasta ahora, en ocasiones he hablado como si las variaciones (...) se debieran al azar. Esto naturalmente es una expresión absolutamente incorrecta, pero sirve para reconocer, lisa y llanamente, nuestra ignorancia acerca de las causas de cada mutación concreta (Charles Darwin).

Cuando nos ocupamos de lo que hacen las ciencias sociales, parece casi siempre como si no tuvieran un objeto propio y todo termina en una serie de debates un tanto vagos y, tal vez inútiles, acerca de distintos temas relacionados con la vida colectiva. Hay, sin embargo, un periodo de la historia al que se le ha llamado «la era de la sociedad»¹. Aquello constituyó un punto de inflexión histórico en el que tuvo lugar lo que algunos hoy no han dudado en llamar «el descubrimiento de la sociedad». En aquellos tiempos no existían los compartimentos que hoy se dan en las distintas ciencias. El lector sabía que estudiosos como Bernard de Mandeville, David Hume, Charles-Louis de Montesquieu o Adam Smith, se ocupaban de discernir en todo lo relacionado con los fenómenos sociales. Eran conscientes de que los seres humanos viven todos en una situación de ignorancia y falibilidad, y sabían bien que cada acción emprendida tiene que tener en cuenta la escasez de recursos y de tiempo.

¹ Véanse Schultz (1969), Mongardini (1970) y la bibliografía referida en estas obras.